



El Dolor

*El dolor espiritualiza al más fuerte, torna grave al más pueril
y establece un lazo de amor entre los que se aborrecían.-*

(Santa Teresa)

El dolor es el estado físico más padecido por el hombre. Todos, quién más, quién menos, hemos padecido el dolor en algún miembro de nuestro cuerpo. Pero el dolor físico no opera en todos los individuos de la misma manera, pues hay personas, cuya sensibilidad les aboca al dolor de un forma, que en otros, no tan sensibles, sufren con un acerbo menos doloroso y casi siempre en estrecha relación con su idiosincracia. No todos los enfermos sufren igual en parecidas circunstancias, me atrevería a decir con la misma enfermedad, pues todos hemos oído en boca de los médicos, que no hay enfermedades sino enfermos.

El dolor siempre cumple una misión de aviso, ya que mucha gente, en virtud de esa desidia de que todos disponemos, en mayor o menor grado, caen bajo el imperio de la enfermedad sin haberse enterado que están enfermos. De hecho conocemos casos graves que no han dolido, con pequeñas molestias, y cuando han dado la cara ha sido para ver, desgraciadamente, que ya no había solución.

Así, pues, el dolor, que tanto nos molesta, tiene la misión de poner al enfermo sobre aviso, de decirle que algo no funciona bien en su organismo. Y que es preciso que invoquemos remedios que estén dentro o fuera de nuestro alcance.

El dolor nos sensibiliza, hace que miremos hacia dentro y que pensemos con detenimiento que «también» a nosotros puede llegarnos la enfermedad, que tú también, sano, deportista, listo, competente, y sobretodo joven, no estás libre de sufrir lo que lo que les pasa a tus amigos y a algunos miembros de tu casa.

No somos solidarios con el dolor ajeno, rara vez nos ponemos en el lugar del enfermo y tratamos de paliar ese estado del alma en el que ceden tantas pasiones, pues en concreto, el dolor nos derrota de tal manera que hasta esa pasión que nos vapulea cuando estamos sanos, -todos tenemos nuestro tendón de Aquiles- hace que desaparezca esperando tiempos mejores. Pero ay, quizá nos estemos equivocando y puede que una vez sanos volvamos a cargar con nuestras miserias sin haber aprendido nada. Ese dolor que nos llegó fortuito, cargado de enseñanzas que no fueron aprovechadas. El dolor, una vez más, se perderá en el correr de las horas, de esas horas que ya no vuelven, y que son como ese aire que nos da en el rostro y que se va para siempre.

En este clima de dolor, ¿nos hemos preguntado alguna vez qué repercusiones puede tener la enfermedad para el enfermo y para el que le rodea? ¿Es que el dolor sólo llega a decirme que tengo que ver al médico, que hay algo que no marcha en mi relojería?

El dolor no es solo aviso, premonición. El dolor, en muchísimos casos, sirve de lazo de unión entre ese padre y ese hijo, de ese matrimonio que ya no se mira bien, de ese menor que tanto pesar está dando en su casa.

Y así hemos llegado a ese estado en que el dolor es un lenitivo para el alma, que nos hace mirar hacia atrás para que dejemos al margen tanto odio, tanta ambición vertida sobre la vanidad de las cosas.

Cuánta remisión por el dolor, cuanto amor que brota de nuevo de la escoria de la incomprensión, de ese defender a capa y espada nuestra razones, tantas veces equivocadas, hirientes y proclives a fortalecer nuestro egoísmo y nuestra soberbia. El dolor como un bálsamo para el que nunca se acordó de Dios y que ahora, derrotado y enfermo, puede llevar la paz a su conciencia larvada, en espera de ese rayo de luz, de esa esperanza que nos convierte en otros seres humanos como caballeros de la vida.

Puede que cuando todo pase y la salud sea para nosotros como una gracia del cielo, volvamos a ser lo que éramos, que volvamos a olvidarnos de esa circunstancia que nos redujo a la derrota física y moral, pero el dolor habrá cumplido su misión: la de avisarnos que todo lo que nace muere y que este último acto discurre, en muchísimos casos, por un camino doloroso. Que Dios está al final de todo.

A los clavos de la Pasión (Soneto)

Quién te puso en tus manos ese hierro,
quién tu vena en el aire dejó fría,
quién marca por tu rostro esa agonía,
como sello y testigo de mi yerro.

Quién en tus pies, un clavo testafarro,
abre tus carnes con alevosía,
quién inicia, Señor, en este día
al response silente de tu entierro.

El clavo hundido en tu mano helada,
en un cráter de llaga machacado
como un trance de paz amantillada.

Esa mano, Señor, que está clavada,
ha dejado en el hombre y su pecado,
un goterón de sangre enamorada.

Antonio Iniesta